

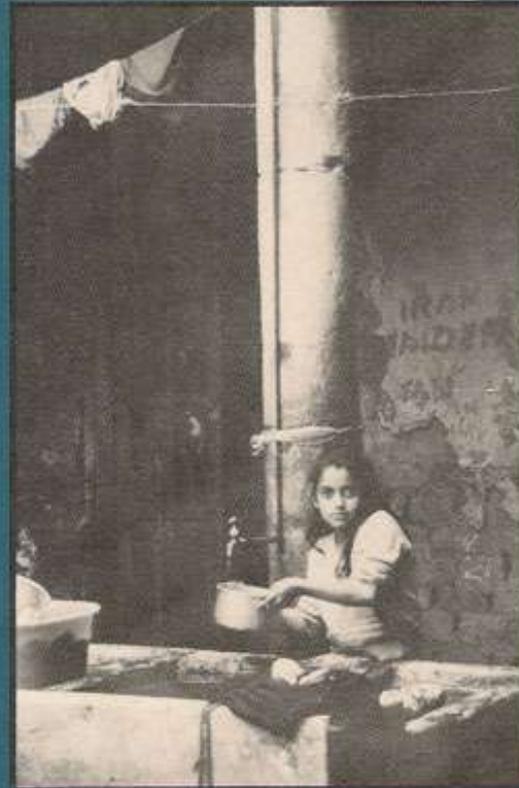


PNUD

LA CONSERVACION DE BIENES CULTURALES EN EL CONTEXTO

DEL MEDIO AMBIENTE URBANO

SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE



CONTRIBUCIONES DE PARTICIPANTES (CON RESÚMENES EN INGLÉS)

PAPERS PRESENTED
(WITH ABSTRACTS IN SPANISH)



MUNICIPALIDAD DE QUITO



INSTITUTO NACIONAL DE PATRIMONIO CULTURAL ECUADOR

THE GETTY CONSERVATION INSTITUTE



PROYECTO REGIONAL PARA EL PATRIMONIO CULTURAL, URBANO Y NATURAL-AMBIENTAL PNUDANESCO

**SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE LA
CONSERVACION DE BIENES CULTURALES EN EL
CONTEXTO DEL MEDIO AMBIENTE URBANO**

Quito, Ecuador - Noviembre 1990

UN FUTURO PARA NUESTROS TUGURIOS: EL DESAFIO DE LOS CENTROS HISTÓRICOS EN LOS PAÍSES PERIFÉRICOS

A future for our slums: The challenge of historical centers

Paulo Ormino de Azevedo

RESUMEN

Los últimos diez años registran en América Latina un alarmante aumento de la pobreza y el desempleo y una disminución en materia de educación, salud y vivienda. Debido a la explosión urbana esta situación llega a ser crítica en los centros históricos, dice Paulo de Azevedo.

Es imprescindible adoptar una estrategia de emergencia a escala nacional que involucre políticas de planificación urbana y territorial, capaces de frenar el abandono de los pueblos rurales y la explosión demográfica en los centros históricos.

No existe un modelo único de intervención que aplique igualmente a todos los centros históricos. Los planes deben ser elaborados *in situ* con participación de la comunidad, ejecutados por un poder local fortalecido y apoyado por las esferas superiores. La recuperación del patrimonio urbano sólo será posible a través de un programa de «conservación integrada».

La rehabilitación deberá incluir la auto-recuperación física y social de los sectores más pobres pero ésta no se logrará sin una reforma urbana. Será necesario preparar un plan de obras, crear líneas de financiamiento y controlar la especulación y el uso indebido de los inmuebles. La población participante deberá ser organizada y capacitada.

ABSTRACT

In the last ten years Latin America has experienced an alarming increase in poverty and unemployment and a decrease in the areas of education, health and housing. Due to the urban explosion, this situation has become critical in historical centers, states Paulo de Azevedo.

An emergency strategy at a national level must be adopted to establish urban and land planning policies capable of curtailing displacement from rural towns and demographic explosion in the inner city.

It is not feasible to apply one method of conservation to all historic centers alike. Plans must be prepared in situ with the involvement of the local community, executed by a strengthened local authority and supported by the higher spheres. Recovery of the urban heritage will only be possible through a program of «integrated conservation».

Rehabilitation should include physical and social self-help for the poorest sectors but, without urban reform, this recovery will not be achieved. It will be necessary to prepare work plans, create lines of credit and control speculation and mis-use of buildings. Participating residents must be organized and trained.

En los últimos diez años, la creciente concentración del capital financiero y tecnológico en los países del Primer Mundo y la transferencia hacia los países periféricos del costo de los conflictos del petróleo y alza de los intereses financieros transformaron a los países de Latinoamérica en países literalmente en vías de desarrollo. El último informe del Banco Mundial registra el preocupante aumento de la pobreza, del desempleo y la disminución de los niveles, de educación, salud y habitación en el continente. Es decir, perdemos diez años de historia.

Este cuadro es más visible en nuestras ciudades y llega a ser impresionante en sus centros históricos, cuyas plazas y calles son invadidas por desempleados convertidos en vendedores ambulantes, pedigüños, niños sin escuelas, rateros, rameras y enfermos; mientras los antiguos palacios blasonados, transformados en tugurios, sirven de depósito de mercancías, familias y animales.

Es motivo de perplejidad el por qué no conseguimos preservar nuestros centros históricos, mientras Europa, que ha enfrentado el impacto de la Revolución Industrial y dos grandes guerras, lo ha superado todo y conserva bellas ciudades sin los grandes problemas que afectan a las urbes latinoamericanas. Con este raciocinio, muchas personas imaginan que vivimos una crisis temporal y que, tarde o temprano, a pesar de las supuestas deficiencias climático-culturales, los latinoamericanos también encontrarán una salida para la situación actual.

Los procesos de formación y expansión del capitalismo son tan diversos, que vale la pena discutir por qué lo ocurrido en Europa no se va a reproducir simétricamente entre nosotros. Básicamente, el proceso de acumulación mercantilista, industrialización y urbanización se hace de forma gradual y autosustentada en el Primer Mundo, mientras se reproduce de forma abrupta, dependiente y desigual en los países periféricos, de tal modo que su influencia sobre la sociedad y las ciudades no tiene comparación con lo sucedido en Europa y los Estados Unidos.

La explosión urbana

La urbanización, que es uno de los factores más directamente relacionados con la crisis de los centros históricos, se procesa en Latinoamérica con causas y ritmos sin paralelo en Europa. Allí, estaba directamente relacionada con la demanda de mano de obra provocada por la industrialización, mientras entre nosotros es el resultado de la desorganización de las actividades agrícolas y artesanales causadas por la industrialización y avance del capitalismo a nivel mundial.

Este proceso empieza en los últimos treinta años del siglo pasado con la inserción de las Américas del Sur y Central en el mercado internacional como proveedoras de materias primas. Avanza con rapidez a partir de los años de 1930 con la instalación de industrias de sustitución de las importaciones. Entre 1940 y 1950, 12 países de Latinoamérica se urbanizaron a un índice de 4,3 % al año y todavía no ha alcanzado el auge de nuestra urbanización, frente al 2,1 % verificado en países europeos en su período de más intensa transferencia de población del campo a la ciudad, en la segunda mitad del siglo XIX¹. Pero, el proceso de urbanización explota a partir de 1960 con la expansión del capitalismo monopolista a través de las empresas transnacionales. En realidad, cuanto más tarde se industrializa un país, más rápida es su urbanización.

Actualmente, el crecimiento vegetativo realimenta el gigantismo urbano de tal modo que la urbanización pasa a tener una importancia secundaria. El crecimiento de la ciudad de México, entre 1940 y 1950, se debió en un 50% a su crecimiento vegetativo y sólo el 22% a la urbanización². Al

1 DAVIS, Kinsley. «A urbanização da Humanidade», en *Cidades, a Urbanização da Humanidade*. Rio de Janeiro, ZAHAR Editores, 1972, p. 29.

2 *Ibidem*.

contrario de lo sucedido en Europa y Estados Unidos, la industrialización de las ciudades de la región es sólo una de las causas de la urbanización y a menudo no la más importante³. Veamos lo que pasó en las grandes ciudades de la región desde el inicio del proceso de urbanización hasta el presente.

CRECIMIENTO DE LAS GRANDES CIUDADES LATINOMERICANAS CON CENTROS HISTÓRICOS, ENTRE 1870 Y 1980, EN MILLARES

CIUDAD	1870	No X	1920	No X	1980	No X PERIODO
Bogotá	41	5,7	235	20,7	4,881	119,0
Buenos Aires	216	8,9	1,926	5,2	10,081	46,7
Guatemala	50	2,4	121	8,5	1,030	20,6
La Habana	230	2,3	550	3,7	2,063	9,0
La Paz	69	1,9	136	5,9	880	12,7
Lima	100	2,0	203	23,1	4,695	46,9
México	230	2,9	662	22,7	15,038	65,4
Montevideo	110	3,9	429	5,7	2,459	22,3
Quito	76	1,7	127	6,2	787	10,3
Río de Janeiro	275	4,2	1,158	9,2	10,652	38,7
Santiago de Chile	150	3,4	507	7,7	3,933	26,2

FUENTE: HARDOY et Alii, Impacto de la Urbanización en los Centros Históricos. Lima 1981.

En los años comprendidos entre 1920 y 1980, tres ciudades de la región, Lima, México y Bogotá, multiplicaron veinte veces su población. En los sesenta años de mayor crecimiento (1841 a 1901), Londres, la ciudad que encabezó la industrialización y urbanización en Europa, creció solamente 2,9 veces pasando de 2.235.344 a 6.587.269 habitantes⁴. En un lapso de 110 años (1870 - 1980) Río de Janeiro ha multiplicado su población 38,7 veces, Buenos Aires y Lima lo han hecho casi 47 veces, la población de la ciudad de México se ha multiplicado por 65,4 y la de Bogotá por 119 veces, pasando de 41.000 a 4.881.000 habitantes.

Es fácil imaginar la presión provocada por la demanda de servicios y valoración inmobiliaria sobre los centros históricos de las grandes ciudades de la región como consecuencia de esta explosión.

El impacto es aún mayor porque incide sobre ciudades coloniales, creadas por decisión política, perdidas en un inmenso continente, dependientes de las metrópolis y en la mayoría de los casos con pocos lazos con su territorio. El poder local no tenía más que un ayuntamiento y una cárcel. A éstos, se sumaban la iglesia matriz y en algunos casos la casa de la gobernación, un colegio y/u hospital, ubicados en torno a una plaza, o dos, en el caso brasileño.

En lugar de construcciones de sillar, piedra o ladrillo, los caseríos de nuestras ciudades eran edificados con materiales poco duraderos -barro y caña- que requieren de constante mantenimiento,

³ HARRIS, Walter D., El crecimiento de las ciudades en América Latina, Buenos Aires, Marymar, 1975, p. 55-6. Enciclopedia Mirador Internacional. São Paulo, Enc. Británica do Brasil, 1975, vol. 13, p. 6988.

⁴ Enciclopedia Mirador Internacional. São Paulo, Enc. Británica do Brasil, 1975, vol. 13, p. 6988.

tales como los tapiales, adobes, bajareques, carrizos y «paua-pique». Los materiales nobles eran exclusividad de las arquitecturas del poder: iglesias, palacios, y fortificaciones.

En Europa donde el proceso de urbanización fue más coherente, desde el siglo XVI existían grandes capitales, sede de estados modernos con su corte, burocracia, ejércitos profesionales y palacios para los tribunales, los archivos, las cancellerías, etc.. En este período ya existían en Europa 14 ciudades con más de 100.000 habitantes. En 1575, Venecia tenía 195.000, Milán 200.000 y Nápoles 240.000. En 1594, París tenía 180.000 y Londres alcanzó en 1602, los 250.000 habitantes ⁵.

Doscientos años después, a comienzos del siglo XIX, cuando Latinoamérica se preparaba para la independencia, sólo dos ciudades -México y Río de Janeiro- tenían más de 100.000 habitantes. Les seguían siete, La Habana, Lima, Buenos Aires, Caracas, Puebla, Santiago y Salvador, con un número de habitantes que oscilaba entre los 40.000 y los 100.000 ⁶.

La ciudad europea, más consolidada y estructurada, había pasado además por la reforma modernizadora barroca, que creó grandes conjuntos arquitectónicos, plazas, avenidas y jardines monumentales, movimiento que se extendió por toda Europa, desde Lisboa hasta San Petersburgo.

En el auge del proceso de urbanización europeo, es decir, en la segunda mitad del siglo pasado, el modelo haussmanniano del París de la Exposición Universal de 1867 es transplantado a Viena, Florencia, Copenhague y Lubeca. En España, los «ensanches» de Madrid y Barcelona en 1860, cuyo objetivo es disminuir la presión sobre los viejos centros se aplican también en otras ciudades. Asimismo, se realizaron renovaciones urbanas en Berlín, Munich y Estocolmo ⁷.

Londres se había anticipado a París con el plan de J. Nash ejecutado entre 1812 y 1822 que dio gran énfasis a los parques urbanos. Después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el capitalismo se transnacionalizaba, los ingleses, pioneramente, crean las "new towns", para evitar la congestión de las grandes ciudades.

En resumen, en Europa las ciudades se desarrollan desde el Renacimiento en forma planificada. En Latinoamérica, aun cuando la colonización se hizo a través de un amplio programa de fundación de ciudades regulares, su posterior desarrollo se llevó a cabo exclusivamente según los intereses de grupo.

Hacia fines del siglo pasado, cuando se inicia el proceso de urbanización, nuestras ciudades aún mantenían su estructura y fisonomía coloniales. Sólo unas pocas capitales efectuaron reformas capaces de atenuar los efectos de la urbanización. Así, destacan Montevideo, con sus planes de ensanche de 1829 y 1889, además de las obras de modernización de su puerto de 1859; México, entre 1876 y 1891, durante el gobierno de Porfirio Díaz; Buenos Aires, entre 1883 y 1887, con el intendente Alvear y Río de Janeiro con Pereira Passos, entre 1902 y 1906. En los demás casos, el crecimiento se hizo en forma desordenada, bajo la exclusiva ley del mercado inmobiliario, sin ninguna planificación o normatividad. En estas condiciones, sólo sobrevivieron los centros históricos de ciudades económicamente deprimidas.

5 CHUECA GOITIA, Fernando. *Breve historia del urbanismo*. Madrid, Alianza, 1968, p. 139.

6 HARDOY, Jorge E. et alii. *Impacto de la Urbanización en los Centros Históricos de América Latina*. Lima, Proyecto Regional de Patrimonio Cultural PNUD/UNESCO, 1981, p. 69.

7 CHIAVARI, Maria Pace. «Transformações urbanas do século XIX», en DEL BRENNA, Giovanna Rosso. *Rio de Janeiro de Pereira Passos, uma cidade em questão*. Rio de Janeiro, Index, 1985, p. 575-80.

La ciudad dividida

Estos hechos, son únicamente los factores externos que actuaron sobre las ciudades latinoamericanas, y aclaran poco sobre la estructura interna de las mismas. La expansión del capitalismo internacional, después de la Segunda Guerra Mundial, introduce en los países latinoamericanos industrias desarrolladas, concentradoras de capital y tecnología y, como consecuencia, con baja capacidad de absorción de mano de obra. Pero, lo que es más grave, desorganiza así otras formas menos competitivas de producción, aumentando el número de personas sin empleo formal.

La información sobre el número de personas en esta condición en Latinoamérica es escasa y poco confiable. Hasta los órganos oficiales carecen de una definición clara de lo que se entiende por empleo, subempleo, desempleo; etc. Para no extendernos más, podemos imaginar que entre el 40% y el 60% de la población urbana de los países del continente se encuentra en esta condición, lo que no significa, necesariamente, que carezca de actividad económica. Lo único cierto es que carece de seguridad social, de acceso a bienes y servicios modernos.

La discusión teórica sobre el papel que desempeñan estas poblaciones en el contexto de la economía capitalista es muy larga. Para algunos, estas poblaciones no consiguen integrarse en la economía capitalista por razones culturales, para otros, el fenómeno se encuadra en los conceptos marxistas del «ejército industrial de reserva» y la «superpoblación relativa». Otros, finalmente, reconocen que el fenómeno es intrínseco al capitalismo, pero identifican lineamientos propios a los países subdesarrollados.

Compartimos la concepción de que el capitalismo dependiente del Tercer Mundo lo constituyen dos subsistemas, los circuitos superior e inferior de la economía urbana. Este esquema fue propuesto por Milton Santos⁸, pero está implícito en la obra de Aníbal Quijano y otros estudiosos⁹. Los dos subsistemas son interdependientes, aun cuando el superior domina al inferior. En el primero están las actividades ligadas al aparato productivo moderno y controlado a nivel nacional y/o internacional. El circuito inferior lo constituyen las actividades tradicionales, pre-industriales, de pequeña escala, movidas y consumidas por la población más pobre y controlada solamente a nivel local.

El circuito inferior, con capitales reducidos, sin crédito, tecnología, ni apoyo del Estado y utilizando mucha mano de obra poco calificada debe responder por la ocupación y el consumo de la mitad de la población de nuestras ciudades.

Este, es dependiente porque comercializa y utiliza insumos industriales en sus manufacturas, pagando inclusive impuestos agregados a estos productos, aun cuando no recibe ningún beneficio del Estado, pero, fundamentalmente, porque sirve para rebajar los salarios y regular las variaciones temporales de la actividad formal, con su oferta inflacionaria de mano de obra barata.

Desde el punto de vista urbanístico, esta población ocupa, no solamente un inmenso espacio urbano, sino áreas relativamente centrales, de difícil acceso como colinas, laderas y el centro histórico. Aún cuando la mayoría no lo percibe así, este proceso empezó en el centro histórico, con la construcción de conventillos, casas de vecindad, y «cortijos» en la transición del siglo pasado al actual, mucho antes de la aparición de las barriadas, chabolas, ranchos, «favelas» y «alagados» en la periferia urbana.

8 SANTOS, Milton. *O espaço dividido: os dois circuitos da economia urbana dos países sub-desenvolvidos*. Rio de Janeiro, Liv. Francisco Alves, 1979 y *Pobreza Urbana*. São Paulo, Hucitec, 1978.

9 Sobre el pensamiento de Aníbal Quijano véase «La formación de un universo marginal en las ciudades de América Latina», en CASTEL, M (Org.) *Imperialismo y urbanización en América Latina*. Barcelona, G. Gilli, 1973, p. 141-66 y *Redefinición de la dependencia y marginalidad en América Latina*. Santiago de Chile, F. de Ciencias Económicas, Universidad de Chile, 1970. Interesante es también el estudio de I.G. Mc Gee *The urbanization process in the Third World. Explorations in Search of a Theory*. Londres, Bell and son, 1971.

«La división entre las dos ciudades» -afirma Benévolo- «es producida por una política de construcción que define los padrones admisibles con base en modelos convencionales europeos o norteamericanos que no corresponden a la realidad local. De este modo, las casas construidas por los propios habitantes con su trabajo son declaradas «clandestinas» y los habitantes no reciben apoyo alguno para construirlas... más aún... El criterio constante de esta política es la marginación de una mayoría considerable (sea como trabajadores, sea como usuarios) de manera tal de poder conservar las modalidades de producción y de consumo -los métodos industriales exclusivos, los productos ya confeccionados y estandarizados- que garanticen el dominio de la minoría relacionada con el círculo económico internacional. La transformación de los proletarios, de trabajadores en marginados, torna inoperante la estrategia contraria llevada a cabo por el proletariado europeo y norteamericano, en el propio local de trabajo, cuando el desarrollo industrial exigía el aumento de la mano de obra empleada y no, como ahora, su disminución: Hasta al revés, instalar a los nuevos proletarios en una zona separada y controlable para mejor aún explotarlos como consumidores al margen del mercado urbano y para hacer surgir una serie de conflictos internos... de modo de impedir el descubrimiento y la organización de los intereses comunes. La estructura de poblamiento, en lugar de ser una consecuencia final de las relaciones de trabajo, se tornan así en una condición previa que mantiene la jerarquía social vigente, pero también en el terreno de la lucha política que intenta transformarla»¹⁰.

Pero, este cuadro empieza a cambiar. La población de las barriadas circula prácticamente en todos los espacios de la ciudad formal. En las situaciones más críticas, como son las de Río de Janeiro, Medellín, Bogotá y Caracas, el poder público prácticamente perdió el control de estas áreas, que se transformaron en verdaderas «micro-naciones», para usar la expresión del economista brasileño Carlos Lessa, con su código ético, caciques, mafias, cuadrillas y justicieros que mantienen escuelas y obras asistenciales con el producto del contrabando y del crimen y en donde la policía sólo penetra con una verdadera operación de guerra.

Como estos barrios ya representan del 60% al 70% de muchas ciudades latinoamericanas, las clases media y alta se autosegregan en ghettos de lujo, los famosos condominios cerrados.

La doble centralidad

Las transformaciones por las cuales pasó la ciudad occidental con la Revolución Industrial llevóa una dispersión de muchas de las funciones tradicionales de su centro. Los viejos monumentos ya no representan las mismas experiencias vividas por generaciones pasadas. Son reinterpretados en un nuevo y más amplio sistema de signos urbanos integrados por grandes autopistas y áreas verdes. El comercio al por menor, tiende a desconcentrarse con el surgimiento de las redes de almacenes que trabajan con mercancías y precios estandarizados. En el centro, solamente quedan tiendas especializadas o muy populares.

El centro se especializa, cada vez más, en las actividades de gestión, administración e información, en todo lo que se involucra en la producción e intercambio de ideas y contactos personales. La función residencial desaparece casi completamente. Las actividades de esparcimiento tienden a desconcentrarse con el aumento del tiempo libre y mayor facilidad de desplazamiento (playas, parques y demás afines). Las salas de espectáculos siguen a la dispersión residencial, quedando en el centro en particular, las actividades culturales y la «vida nocturna»¹¹.

¹⁰ BENÉVOLO, Oscar. O último capítulo da arquitetura moderna. Lisboa, Liv. Martins Fontes Ed., 1985, p. 264.

¹¹ JEFFES, Manuel. La creación urbana. México, Siglo XXI, 1976, p. 262-76.

Esto ocurrió en Europa, la América del Norte y en cierta medida en el Cono Sur, durante el cambio del siglo pasado al presente, cuando las exportaciones de productos agropecuarios, la presencia de grandes contingentes de inmigrantes extranjeros y una organización sindical sólida creó una sociedad no muy distinta a la europea.

En Buenos Aires, Montevideo y Santiago se hicieron obras de modernización que incluían la sustitución del caserío colonial por conjuntos de oficinas de estilo ecléctico, permitiendo así que el centro histórico mantuviese las funciones centrales formales. Desgraciadamente, en las últimas décadas estos países se están nivelando con los demás países latinoamericanos.

En Río de Janeiro, con la apertura en 1906 de la Av. Central, ocurrió algo semejante. Pero, el homogéneo conjunto ecléctico fue, en poco tiempo, sustituido por torres protomodernas de la peor calidad. El centro-ciudad permaneció en el mismo lugar, pero de la vieja ciudad sólo quedó un conjunto menor de tiendas ya alteradas, que integran el llamado «Corredor Cultural» y algunas viviendas en el Morro da Conceição.

En las ciudades de desarrollo más reciente, como São Paulo y Caracas, el nuevo centro dinámico borró completamente los vestigios del centro histórico. São Paulo, en expiación por sus errores cometió otro mayor, reconstruyendo en concreto, hace más de una década, con documentación dudosa sobre cimentaciones originales, el patio del colegio de la Compañía de Jesús, lugar de fundación de la ciudad¹². A falta de un centro histórico auténtico, que sea la memoria urbana de toda la comunidad, ahora sólo se puede preservar, barrios que aún cuando representativos de minorías, como el Brás y el Bexiga, mantienen una escala de vida urbana ya perdida.

El mismo proceso se repite en Buenos Aires con la Boca, también un núcleo de inmigrantes italianos; en Caracas, donde se preservan barrios antiguos como la Pastora, San José y núcleos vecinos, que se encuentran actualmente dentro del área metropolitana, como el puerto de la Guayra y los poblados de Petare y Baruta.

La norma en Latinoamérica, empero, no es ésta. La ciudad dividida debería de producir también una centralidad dividida. Se crea así un centro moderno para las actividades del circuito económico superior, marginando al centro histórico, que se transforma en el centro del circuito inferior.

La creación del centro «moderno» responde a dos urgencias: por un lado, la expansión de las actividades de intercambio y gestión; por el otro, crear una imagen de modernidad y eficiencia que es necesariamente importada de los países hegemónicos. El nuevo centro, en vez de formarse en torno a una plaza -el espacio de la participación, por excelencia- se estructura por lo general, en función de una avenida -el espacio de la circulación pasiva- con posibilidad de crecimiento casi ilimitado.

El Centro Histórico, con sus elementos polarizadores -iglesias, oficinas públicas, mercados y terminales de transporte colectivo- plazas y callejones peatonales es un local privilegiado para el comercio y la prestación de servicios informales, actividades que exigen contactos directos. A estos espacios del centro histórico convergen no sólo aquellos que viven en los tugurios próximos, sino también los vendedores ambulantes, los artesanos, los guardadores de coches, los limpiabotas, las prostitutas, los curanderos, etc. de toda la ciudad.

En los Andes, los centros históricos son, además, el punto de articulación del campo con la ciudad. Es allí donde son comercializados los productos agrícolas regionales y donde las

12 O Sitio urbano original São Paulo - O Pátio do Colégio. São Paulo, CONDEPHAAT, 1977.

comunidades indígenas entran en contacto con la vida urbana, manifestando, a través de su forma de vestir y comer, de sus expresiones de religiosidad popular, toda la plenitud de su cultura. En este caso, la división de la ciudad y de su centralidad no es sólo económica y social, también lo es étnica y cultural. Quito y Cusco son los ejemplos más elocuentes al respecto. Esta división racial es, asimismo, evidente en el Noreste de Brasil, donde la población de color es muy numerosa, especialmente en Salvador y São Luis do Maranhão.

La reciente transformación de los centros históricos en un gran baratillo con carpas, toldos, quioscos, tableros, etc. representa, de cierta forma, el retorno a los primeros siglos de la colonización, a los tiempos en que coexistían las formas de vida precolombina e ibérica; entonces, labradores, artesanos, mereaderes y escribanos ocupaban las plazas de armas y sus portales para el intercambio de productos y servicios.

A semejanza de los dos subsistemas económicos, los centros formal e informal son interdependientes. Así, detrás de los vendedores ambulantes están los importadores y mayoristas del centro moderno y la clase media se abastece tanto en el supermarket de sus barrios como en el mercado popular del centro histórico. Las casonas de éste, aun cuando están alquiladas a personas y actividades informales, pertenecen a la burguesía local. La administración pública también se distribuye entre los dos centros. En general, los órganos de representación, como el Palacio de Gobierno, el Ayuntamiento, y las instituciones de cultura, permanecen en el centro histórico, mientras los ministerios, las secretarías ejecutivas, y empresas públicas se desplazan para el nuevo centro.

En la mayoría de los casos, los dos centros son vecinos. En la ciudad de México este binomio está representado por el Zócalo y el Paseo de la Reforma. En Quito se da con el centro histórico y la Av. 10 de agosto y en La Paz lo constituye la Plaza Murillo y la Av. 16 de julio. En Bogotá lo que quedó del viejo centro, incluyendo la Candelaria, contrasta con las altas torres del Centro Internacional, que hace honor a su nombre.

En las ciudades fortificadas, como La Habana, San Juan de Puerto Rico, Cartagena y Montevideo, las murallas contribuyen tanto a conformar centros históricos muy homogéneos y definidos, como a crear una especie de dicotomía entre el centro de la ciudad y su expansión. Esto se evidencia incluso en la toponimia. Así, La Habana Vieja perdió su centralidad ante el Centro Habana, desde fines del siglo pasado, así como el Viejo San Juan le hizo espacio al Condado y más recientemente, a Hato Rey.

La reconstrucción de la Ciudad Vieja de Montevideo, después de la «Guerra Grande» que tuvo lugar entre 1839 y 1851 y la modernización de su puerto efectuada en 1859, mantuvo la centralidad de la misma, pero ésta, poco a poco, pierde importancia en la confrontación con la Ciudad nueva, al tiempo que se deteriora y tuguriza. Cartagena de Indias, en Colombia, no obstante conservar su muralla, mantiene en esta parte fuerte actividad burocrático-comercial.

En otros casos, la ruptura entre los dos centros es prácticamente total. En Lima, la burguesía local desde comienzos de este siglo empezó a consolidar un nuevo centro en Miraflores/San Isidro a unos 6 km. de la Plaza de Armas, en la actualidad reservada esencialmente a las actividades de los informales, a pesar de la permanencia de Palacio de Gobierno. La división es tan acentuada que las clases medias y altas de los barrios del sur de la ciudad no solamente prescindieron del centro, sino que se refieren a Lima como si fuera otra ciudad¹³.

El gobierno de Bahía, que en la segunda década de este siglo había creado un eje de negocios con el ensanche de la actual Av. Sete de Setembro, resolvió, a comienzos de los años de 1970, transferir la actividad político-administrativa a un nuevo centro -el CAB- ubicado a 13 km. del viejo

13 GUTIERREZ, Ramón. *Arquitectura Latino - Americana, texto para reflexión e polémica*. São Paulo, Nobel, 1989, p. 137.

y crear un nuevo polo de negocios a medio camino, el Iguatemi, invirtiendo por completo la estructura de centralidad de la ciudad. Se tomó esta decisión, como se expresó abiertamente, para crear una imagen de modernidad e incentivar la expansión inmobiliaria de la ciudad ¹⁴.

El centro histórico y el mercado inmobiliario

Desde el punto de vista del mercado, el suelo del centro histórico aún presenta algunas peculiaridades e integra el circuito superior de la economía. Por su centralidad, consolidada a lo largo de tres o cuatro siglos, reforzada por la proximidad del centro moderno, presenta un gran valor potencial de cambio. Sin embargo, sus terrenos, como mercado complementario para la construcción, además de estar sometidos a restricciones legales, presentan problemas inmediatos de liquidez. Así, el centro histórico se convierte en una reserva de mercado a la espera del cambio de uso del suelo y de los índices de utilización.

La inversión en el centro histórico, dentro de la lógica del capital, no es interesante por varios motivos:

1. Porque la renta diferenciada en el centro moderno y/o en la periferia chie, incentivada por el poder público, es mucho más ventajosa.
2. Porque la conservación del centro histórico legitima su clasificación como zona legalmente restringida, que es la mayor traba a la plena utilización del suelo.
3. Porque los valores de alquiler-venta en el centro histórico no son dictados por las condiciones de los inmuebles, sino por su ubicación.

Más aún, la transformación del centro histórico en centro marginal, tugurizado y deteriorado es una etapa transitoria que requiere rescatar el valor y liquidez del suelo central. El deterioro del centro histórico no es un accidente, es un componente estructural del desarrollo capitalista de la ciudad latinoamericana.

La destrucción culposa o dolosa de un edificio en el centro histórico permite a su propietario librarse de algunas decenas de inquilinos y disponer, sin inversión extra, de un estacionamiento o mercadillo de gran rentabilidad, mientras espera la transformación global del uso del suelo en la zona. Por esta razón, los propietarios del centro histórico no venden sus propiedades. Esta no es una hipótesis teórica, sino una práctica conocida en todos los centros históricos.

Ideológicamente, se trata de legitimizar la destrucción de la ciudad histórica como un imperativo de la higiene pública y considerar su preservación como una reacción al progreso.

«Estamos hundidos en la historia. La Muralla no nos deja respirar», afirma un proverbio cartagenero ¹⁵. «No queremos más casas antiguas, queremos un Cusco nuevo, hay que desaparecer el Cusco antiguo, basta del Cusco viejo», repetían los técnicos a raíz del terremoto de 1950 ¹⁶.

14 AZEVEDO, Paulo O. D. «Bahía, hacia la recuperación de un centro histórico subdesarrollado» en SOLANO, Francisco de (coord.) *Historia y Futuro de la Ciudad Iberoamericana* (Santander), Universidad Internacional Menéndez Pelayo; (Madrid), Centro de Estudios Históricos, 1985, p. 147-61.

15 FLORES MARINI, Carlos. *Restauración de Ciudades*. México, Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 28.

16 TAMAYO HERRERA, José. *Historia Social del Cusco Republicano*. Lima, Industrial Gráfica, 1978, p. 183.

En Salvador, Brasil, la reforma, iniciada en 1912 por el alcalde J.J. Seabra, provocó numerosas manifestaciones de la prensa en contra del centro histórico: «La parroquia de la Sé, que está en el corazón de la ciudad debe ser la primera. De calles angostas, sin alineamientos, de callejones inmundos, de casonas oscuras, de los tiempos de la colonia, la parroquia de la Sé, como allí está, debe desaparecer». Sobre el centro histórico, un lector hizo la siguiente maldición: «Un gran temblor de tierra, un incendio, seguido de un ciclón que barra las cenizas para el mar; cien mil obreros para la construcción de la nueva ciudad»¹⁷.

Abandonadas y seducidas

La otra cara de la urbanización es la desocupación de los poblados y pequeñas ciudades con economía predominantemente agrícola. Ambos fenómenos tienen su origen, en el caso latinoamericano, en la desorganización de las formas tradicionales de producción agrícola por condicionamientos externos y en un segundo momento por la industrialización de los países de la región. La creación de grandes monoculturas de exportación, con eliminación de aquellas de subsistencia, seguida por la mecanización, acabarán por expulsar una gran población del campo y de las pequeñas ciudades.

A finales del siglo XIX Alcántara en el Brasil empieza a perder población frente a São Luis do Maranhao con la desorganización de la producción de algodón debido a que la producción mecanizada del Sur de los Estados Unidos volvió al mercado. Además, de la propia abolición de la esclavitud en el país en 1886, transformándose en una ciudad prácticamente muerta¹⁸. Asimismo, Igatú¹⁹ y São Tomé das Letras, poblados mineros, quedaron reducidos a pocos habitantes desde comienzos del presente siglo con la migración de sus pobladores hacia las grandes ciudades del sur del país.

Portobelo con sus fuertes, aduanas e iglesias por donde pasó gran parte del oro y la plata del Perú y Bolivia, además de haber sido la sede de una famosa feria, quedó en la década de los setenta reducida a solamente 600 habitantes, después que la mayor parte de los pobladores se desplazaron a Colón y Panamá. Hay casos dramáticos, como aquel de Salinas de Yocalla, en Bolivia, que se transformó en una ciudad fantasma, con una rica iglesia en medio de ruinas deshabitadas.

Cuando estas pequeñas ciudades combinan su arquitectura antigua con atractivos naturales, tales como playas o montañas, frecuentemente se transforman en centros turísticos con ámbitos diferentes. Se crea así una ciudad artificial, con la población local viviendo en la periferia, en muchos casos en barrios clandestinos; además, la parte vieja permanece cerrada durante la semana y la mayor parte del año. Asimismo, como la demanda por casas antiguas es mayor que la oferta, proliferan los «pastiches» y las pseudo-restauraciones, que transforman las casas populares en caricaturas de mansiones con el producto de las demoliciones.

Ciertas localidades cumplen la función de lugares para que la burguesía de las grandes ciudades vecinas pase los fines de semana y las vacaciones. Este es el caso de Paratí, un pequeño puerto de café ubicado entre las dos ciudades brasileñas más grandes: São Paulo y Río; de la bella villa de Leiva, a tres horas en coche de Bogotá y de La Antigua, Guatemala. Abandonada a consecuencia del terremoto de 1773 por las clases media y alta de la sociedad local para fundar la

17 PERES, Fernando da Rocha. *Memória da Sé*. Salvador, Macunaima, 1974, p. 38, 46.

18 SILVA F., Olavo Pereira da Rocha, *Arquitetura Luso-Brasileira no Maranhão*, S1., G.M. Brasil, 1986, p. 22.

19 BAHIA, Sec. da Indústria e Comércio. *IPAC-Ba, Inventário de Proteção do Acervo Cultural. Monumentos e sítios da Serra Geral e Chapada Diamantina*. Salvador, 1980, p.175-80.

nueva capital, La Antigua, Guatemala, intocada durante dos siglos, fue transformada en las últimas décadas en dormitorio "chic" y "resort" de la clase dominante de la nueva capital y de los extranjeros, pero sin ninguna vida local. En algunos casos, el fenómeno incluye un flujo internacional, como por ejemplo la Colonia del Sacramento en el Uruguay, tomada por las familias ricas de Buenos Aires, ubicadas ambas en distintas orillas del Río de la Plata.

En la América Central y el Caribe las pequeñas ciudades se transformaron en importantes centros turísticos internacionales, con una numerosa presencia de extranjeros, especialmente estadounidenses, dentro de su población permanente. Se trata, en gran parte, de personas mayores, retiradas, que buscan lo exótico, la amenidad del clima, las ventajas ofrecidas a los residentes extranjeros tales como impuestos más bajos que en sus tierras natales. Estas personas se dedican a la artesanía u otras actividades vinculadas de una u otra manera al turismo²⁰. Guanajuato, Taxco, San Miguel Allende, y Alamos en México; La Antigua, Guatemala y el Viejo San Juan de Puerto Rico, especialmente por su condición de ciudad amurallada y aislada, son ejemplos de esta situación. La Habana Vieja cumplió en el pasado una función semejante.

Algunas ciudades son objeto de un turismo masivo tan intenso que su población flotante estacional supera en mucho a la población permanente. Asimismo, un número exagerado de inmuebles es convertido en hoteles y pensiones, permaneciendo la mayor parte del año ociosos. El caso más dramático de esta situación es Porto Seguro, la ciudad más antigua del Brasil desde donde se inició su descubrimiento. En escala menor, el fenómeno se repite en el Cusco y Taxco.

Lo que pasa en el campo y en las localidades pequeñas es consecuencia de lo que se decide en las grandes ciudades, donde se concentra la gestión y las fuerzas productivas. El abandono de la pequeña ciudad o su especialización en el turismo es parte de la división territorial del trabajo que, a su vez es dependiente, del circuito económico internacional.

Las ciudades medianas

Hay entre las metrópolis con centros históricos marginados y el pueblo rural abandonado, o convertido a la monocultura del turismo, ciudades de tamaño mediano que mantienen una pluralidad de funciones y sus centros permanecen unitarios. Estas ciudades se conservan mejor porque sus pobladores originales siguen viviendo en el centro y no hay grandes presiones inmobiliarias.

Este es el caso de las ciudades barrocas de Minas Gerais, Ouro Preto, Sabará, Congonhas, São João del Rey y Diamantina en el Brasil, todas ellas centros mineros que dejaron de producir a comienzos del siglo pasado, pero que encontraron otras funciones. Esta también es la situación de Sucre y Potosí en Bolivia; de Ayacucho en el Perú; de Popayán y Mompos en Colombia; de San Cristóbal de las Casas y Zacatecas en México, y en este mismo país se dan las situaciones intermedias de las ciudades de San Miguel Allende y Guanajuato; en Cuba este es el caso de Trinidad. Estas ciudades, cuya población fluctúa entre 20.000 y 100.000 habitantes, desarrollan también funciones turísticas, pero no dependen exclusivamente de ello para su sobrevivencia.

La dimensión de la ciudad ejerce gran influencia sobre la conservación de su centro histórico. Los precios de los terrenos y las presiones inmobiliarias son directamente proporcionales al tamaño del conglomerado humano, como ya lo demostró Mayer²¹. Es a partir de un determinado tamaño, que

20 HARDÓY, Jorge E. «Notas sobre el abandono de los Centros Históricos de América Latina» en SOLANO, Francisco de (coord.) *Historia y Futuro de la Ciudad Iberoamericana* (Santander) Universidad Internacional Menéndez Pelayo; (Madrid), Centro de Estudios Históricos, 1985, p. 89-113.

21 Sobre el asunto consúltese el gráfico elaborado por René Mayer, reproducido por DELLE DONNE, Marcella, *Teorías sobre a Cidade*, Lisboa, Martins Fontes Ed., 1983, p. 121.

la división económica y social de la ciudad se torna más evidente y el centro empieza a sesgarse, siendo los inmuebles sustituidos o tugurizados.

La experiencia muestra, en nuestro caso, que las grandes presiones sobre el centro histórico empiezan en el espacio comprendido entre los 200.000 a 350.000 habitantes. Esta era la escala de las ciudades latinoamericanas, en 1900, cuando comenzaron a destruir su patrimonio urbano. Solamente, Buenos Aires con 806.000 y Río de Janeiro con 602.000 sobrepasaban estas cifras²². Pero, la primera ya había sufrido una reforma urbana, en la década de 1880, mientras que en 1902 se iniciaba la de Río.

Las ciudades latinoamericanas que están pasando por grandes transformaciones, tales como Corrientes y Salta en la Argentina, Santa Cruz de la Sierra en Bolivia, Cuenca en el Ecuador y Tunja en Colombia, tiene más o menos la misma escala. Este, es un punto crítico en el desarrollo de nuestras ciudades históricas.

El congelamiento o el urbanismo demoledor

El interés intelectual por la ciudad histórica, e implícitamente por su preservación, surge en los últimos años del siglo pasado, con la obra de Camillo Sitte y otros urbanistas culturales, como reacción a la pérdida de los valores humanos en la ciudad industrial²³. Este enfoque sólo llega a constituir un tema de debate político en Europa, después de la Segunda Guerra Mundial, como consecuencia de los daños causados a las ciudades por los bombardeos aéreos y por el avance de la especulación inmobiliaria.

Sin embargo, hasta los años de 1960, esta preocupación predominantemente estética, fue tan sólo intelectual. En Europa, se hicieron declaratorias de conservación en congresos especializados, se clasificaron muchos centros históricos y se adoptó legislaciones restrictivas, pero poco o nada se avanzó en términos prácticos.

En Latinoamérica la situación, hasta el final de esa década, la situación no era muy distinta. Curiosamente, la clasificación de ciudades como monumentos precede a las legislaciones nacionales de tutela de los monumentos y reservas naturales. Así, Panamá Viejo, incendiada y abandonada en 1670, es declarado monumento en 1918. Taxco, en México, es protegida por la legislación estatal de 1928, luego se hace lo mismo con Patzcuaro y la ciudad de México en 1934. Una legislación federal sólo sería lograda entre 1968 y 1970²⁴. En Brasil, Ouro Preto es declarada monumento nacional en 1933, antes de ser instituida, en 1937, la legislación nacional. En el Perú, Cusco es asignado, en 1931, al Patronato Nacional de Arqueología, instituido dos años antes. Sin embargo, el Consejo Nacional de Monumentos Históricos sólo fue creado en 1939.

Esta primera etapa de protección de nuestro patrimonio urbano, que se prolonga hasta finales de los años de 1960, se caracterizó por los siguientes puntos:

- I. Valorización nostálgica del pasado colonial, con desmedro de los testimonios del período imperial, como es el caso del Brasil y México, y/o republicano. Se da énfasis a los grandes monumentos emergentes, representativos del poder.

22 HARDOY, J. et alii. *Impacto de la Urbanización en los Centros Históricos de América Latina*. Lima, PNUD/UNESCO, 1981, p. 101.

23 CHOAY, Françoise. *L'Urbanisme, Utopies et réalités, une antologie*. Paris, Ed. du Seuil, 1965, p. 259-93.

24 FLORES-MARINI, op. cit. p. 27, 35, 36

2. Falta de articulación y con frecuencia divergencia entre la acción preservacionista y la política urbana.
3. Congelamiento de los centros históricos. Es decir, control pasivo de las modificaciones físicas, sin tener en cuenta su desarrollo social.
4. Tendencia a la uniformización estilística.

La preservación de monumentos aislados se hizo sin problemas, ya que era una forma de afirmación del poder y no causaba conflictos con el interés privado, ya que los bienes institucionales y de la Iglesia estaban normalmente excluidos del mercado inmobiliario. Sin embargo, no sucedió lo mismo con los centros históricos, cuya clasificación le salía al encuentro a la única ley del mercado inmobiliario. El boicot de los propietarios, que ya no vivían en él, vino a acelerar su deterioro.

Una concepción falsa de unidad formal urbana hizo que muchos municipios obligasen a los propietarios a pintar «a la Mancha» sus casas, como sucedió en Quito, Sucre y Potosí, con pérdida de notable policromía. En Sao Luis do Maranhao, la «ciudad de los azulejos», la Municipalidad estableció incentivos fiscales para que los propietarios revistiesen todas las construcciones con azulejos industriales.

En México se destruyen edificios coloniales, como pasó en la ciudad Juárez y en Campeche, o del siglo XIX, como en Toluca, para reconstruir el «estilo mexicano», es decir, muros blancos con arquerías de sillar rosa de Querétaro²⁵. En Salta, Argentina, la determinación legal de 1954 obligó a los propietarios a construir al «estilo español y sus derivados»²⁶.

Las mismas autoridades culturales, por falta de orientación y criterio, cometieron abusos, reconstruyendo escenográficamente pirámides, portales y recintos en sitios arqueológicos de Cholula, México y Tiwanaku, Bolivia²⁷. Al igual que iglesias y palacios como en Coro, Venezuela, una de las más antiguas ciudades americanas, que se ha convertido en un gran «pastiche»²⁸. En todos los países, sin excepción alguna, las mismas autoridades indujeron, y lo siguen haciendo, a los pobladores a construir casas «a la antigua» y a «maquillar» edificios de comienzos de este siglo con el pretexto de mantener la unidad del conjunto²⁹.

Ello, es una evidente manifestación de la falta de una teoría, de un método de intervención, en los monumentos y ciudades históricas. La restauración se hacía en las canteras, con el buen sentido como el único criterio. No había centros para formación de mano de obra especializada, ni foros para la discusión e intercambio de experiencias³⁰. En lo que respecta a los centros históricos, la acción se restringía a aprobar o reprobár los proyectos de reforma bajo grandes presiones políticas y/o económicas.

25 Ibidem, p. 38, 39.

26 GUTIERREZ, op. cit. p. 120, 133.

27 GASPARINI, Craziano. «Mejor conservar que restaurar» en *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas* No. 16. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1973, p. 11-40.

28 BEAUVIRIN, Cláudio. «La Falsa Arquitectura Colonial de Coro» en *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas* No. 16. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1973, p. 119-22.

29 A este propósito véase MOTTA, Lia. «A SPHAN em Ouro Preto, uma história de conceitos e critérios», en *Revista do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional*, No. 22. Río de Janeiro, 1987, p. 108-22.

30 AZEVEDO, Paulo Ormindo, «De Veneza com carinho», en *Carta de Veneza, Revista Comemorativa, Petrópolis, ICOMOS, Comité Brasileiro*, 1990, p. 32-33.

El movimiento encabezado por el Arq. Ricardo Alegría, a inicios de los años de 1950, para la recuperación del Viejo San Juan en Puerto Rico, es una de las pocas excepciones. Se han creado incentivos fiscales para la restauración de los inmuebles, con el apoyo de la Oficina de Turismo, con bastante éxito. Lamentablemente, el énfasis en el turismo ha conducido a la sustitución de la población original por extranjeros y nacionales de altos ingresos. Asimismo, a la eliminación de muchas funciones tradicionales de la ciudad.

Respecto a la planificación urbana, ha faltado sensibilidad y no criterio para enfrentar los problemas de preservación. Desde que el IV Congreso Internacional de Arquitectura Moderna, reunido en Atenas, en 1931, publicó la Carta de Atenas, todos los planificadores urbanos trataron de seguir sus principios. Este documento reconocía la ley central, introducida a mediados del siglo pasado, que sustituía de manera gradual los edificios a lo largo del retiro de las calles antiguas, teniendo en cuenta la siguiente atingencia.

No se debía demoler edificios o conjuntos arquitectónicos de culturas pasadas:

1. Cuando son, auténticamente representativos de su época y como tales, pueden ser de interés general y servir para la educación del pueblo.
2. Cuando su existencia no comprometa las condiciones de salud de la población que habita la vecindad.
3. Cuando la presencia o ubicación de estas viejas manzanas no interfiere con la trayectoria de las principales arterias del tráfico urbano, ni perjudica, de alguna forma, el crecimiento orgánico de la ciudad³¹.

Con los principios de la Carta de Atenas como base, se desarrollaron planes matrices en algunas ciudades históricas como los trabajos de Odriozola en Quito hacia 1943, Leal Ferreira entre 1943 y 1947 en Salvador, Miró Quesada en el Cusco en 1951, y Wiener/Sert en La Habana en 1955. Estos planes se caracterizaban por una rígida segregación funcional con exclusión de la vivienda en el centro, ensanches de calles y sustitución sistemática del tejido urbano. Asimismo, admitía preservar los grandes monumentos ya que no perjudicaban el plan.

Aún cuando estos planes fueron ejecutados sólo parcialmente, por falta de recursos, sus efectos se hicieron sentir en los centros históricos; en especial, por la creación de una mentalidad pseudomodernizadora. En donde hubo dinero, mejor dicho petróleo, como en Maracaibo en Venezuela o Santa Cruz de la Sierra en Bolivia, largas avenidas literalmente atropellaron el centro histórico, en pocas semanas, sin mayores consideraciones. En Río de Janeiro ocurrió lo mismo en 1943, con la apertura de la Av. Getúlio Vargas.

El turismo cultural

Los años de 1960 señalan muchos cambios a nivel internacional y regional. En Europa se crean legislaciones específicas y comisiones inter-institucionales que velan por los sectores salvaguardados. Estas, fuerzan la ejecución de planes exclusivos para el centro histórico, pero articulados con la planificación urbana general. Además, contemplan los aspectos físicos, social y económico del barrio. En Holanda, Polonia y Francia se aprobaron legislaciones de este tipo entre 1961 y 1964.

31 FLORES MARINI, C., op. cit. 24, 25.

«El establecimiento de un procedimiento específico -teórico y práctico- para estas zonas, empieza a ser perfeccionado en Italia al final de aquella década, presentándose como un modelo válido en todas partes: es la más relevante contribución italiana a la moderna investigación internacional»³².

Este modelo de intervención, que se inició en las regiones de Lombardía, Emilia y Veneto en un contexto de estancamiento demográfico y voluntad de mejorar la calidad de la vida urbana, requiere de un crecimiento urbano cero, o muy controlado. Sólo así puede reorientar las inversiones públicas y privadas hacia el centro de la ciudad. Su fundamento metodológico es la clasificación tipológica de los edificios existentes como criterio para la definición de su uso contemporáneo y de las adaptaciones tolerables. Esta política, que va en contra de la ley del mercado, presupone un poder local fuerte, capaz de inducir a alianzas forzosas entre inquilinos y propietarios, incluso en muchos casos, a llevar a cabo expropiaciones de grandes áreas³³.

En Latinoamérica la divulgación de la Carta de Venecia, en 1964, tuvo como principal efecto romper el aislamiento en que vivían los órganos de preservación y sus técnicos³⁴. Desde entonces comienzan las primeras reuniones internacionales a pedido de los países de la región. En 1965, se realiza en San Antonio, E.U.A., el Primer Simposium Panamericano de Preservación y Restauración de Monumentos Históricos, el cual señala como una de las causas del estado en que se encontraba el acervo cultural americano, el desamparo oficial, la ausencia de técnicos y especialistas en los órganos oficiales y la falta de una conciencia pública sobre este patrimonio³⁵.

Con el apoyo de la UNESCO, se crea en 1967, el Centro Regional Latinoamericano de Estudios para la Conservación y Restauración de Bienes Culturales, en la ciudad de México, o sencillamente el Centro Churubusco. Este inicia la formación de personal especializado y la investigación de los problemas de restauración en nuestro medio.

Estos primeros pasos y la experiencia que se desarrollaba contemporáneamente en Europa, debieron generar una política más consecuente con el patrimonio latinoamericano. Pero, no fue así. La convicción que el desarrollo era la panacea para los males del Tercer Mundo y el interés de los países ricos en diversificar el producto turístico, hizo que los organismos y las agencias internacionales pasasen a incentivar y financiar grandes proyectos turísticos para las ciudades históricas, en lugar de su recuperación para sus habitantes como se hacía en Europa.

Ello, naturalmente, alertó a las autoridades nacionales sobre la importancia de los centros históricos como producto turístico capaz de atraer el capital financiero internacional. Entonces, se crean o se modernizan los órganos de protección del patrimonio histórico, que no son considerados ya como una traba para el progreso sino como un resorte del desarrollo, el último renglón de las exportaciones latinoamericanas.

Los fundamentos ideológicos de esta política se firmaron en una reunión promovida por la OEA, en Quito, en 1967, con carácter normativo. «Las Normas de Quito» enfatizan dos conceptos: Puesta en valor -mise en valeur- y turismo cultural:

«Los valores propiamente culturales no se desnaturalizan ni comprometen al vincularse con los intereses turísticos, y lejos de ello, la mayor atracción que conquistan los monumentos y

32 BENEVOLO, Leonardo. op. cit. p. 159-64.

33 Ibidem.

34 AZEVEDO, Paulo Ormindo. «De Veneza com Carinho» en Carta de Veneza, Revista Comemorativa. Petrópolis, ICOMOS, Comité Brasileiro, 1990, p. 32, 33.

35 OEA - Serie Patrimonio Cultural, Num. 1. Preservación de Monumentos. Washington, D.C., 1966.

la afluencia creciente de admiradores foráneos, contribuye a afirmar la conciencia de su importancia y significación nacionales» (VII - 1).

«En síntesis, la puesta en valor del patrimonio monumental y artístico implica una acción sistemática, eminentemente técnica, dirigida a utilizar todos y cada uno de esos bienes conforme su naturaleza, destacando y exaltando sus características y méritos hasta colocarlos en condiciones de cumplir a plenitud la nueva función (el turismo) a que están destinados» (VI - 4)³⁶.

Estos principios inspiraron en toda Latinoamérica la realización de grandes programas de «puesta en valor» de centros históricos con recursos nacionales o internacionales, que pueden ser clasificados de tres tipos:

1. **Renovación radical del centro histórico para el turismo:** Uno de los primeros y más discutibles programas de puesta en valor de un centro histórico en Latinoamérica fue el efectuado en Santo Domingo. En 1967, en base a un estudio inicial patrocinado por la Standard Oil, se adoptó un criterio predominantemente museológico y escenográfico en su recuperación. El gobierno, preocupado por rescatar los vestigios de la primera ciudad americana, desplazó a los habitantes de calles enteras y se eliminaron todas las superposiciones posteriores a la fundación. Dos décadas después, desgraciadamente, se vuelve a repetir los mismos errores en escala aún mayor, con el pretexto de las conmemoraciones del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos, como lo denunció la revista «Metrópoli». Hasta el momento 7.000 familias han sido desalojadas y 12.000 ya fueron notificadas para que se desplacen. En total, 50.000 familias se verán afectadas por el plan³⁷. Una versión más flexible de esta política está llevando a cabo el Banco Central Hipotecario en el barrio de Santa Bárbara, en Bogotá.
2. **Transformación gradual del centro histórico por el turismo:** Como es imposible aplicar el modelo anterior a grandes áreas, algunos técnicos imaginaron que la solución era crear «focos de polaridad» para la nueva función, capaces de cambiar la ecología del barrio a través de un proceso de expansión semejante a manchas de aceite.

En 1967, se realizó en México una de las primeras experiencias en esta línea con un programa denominado «Remodelación urbana de los Centros Cívicos de la ciudad de México», que buscaba transformar las principales plazas en «polos de crecimiento» para allí empezar a recuperar las áreas vecinas³⁸.

En el Brasil, introdujo el modelo el Arq. Michel Parent, con su informe «Protection et mise en valeur du patrimoine culturel brésilien dans le cadre du développement touristique et économique», UNESCO, 1968. Específicamente, en la parte que concierne a Salvador. Con esta inspiración los Ministerios de la Planificación, Educación y Cultura e Industria y Comercio crearon en 1973 el «Programa Integrado de Reconstrução das Cidades Históricas do Nordeste con sua Utilização para Fins Turísticos», que pasó a financiar directamente las restauraciones de monumentos y centros históricos.

36 OEA - Serie Patrimonio Cultural, Num. 2. Preservación de Monumentos. Washington, D.C., 1968.

37 PEREZ MONTAS, Eugenio (org.) Estudios para la revalorización de la zona histórica y monumental de la ciudad de Santo Domingo. Santo Domingo, Ed. Culturales, 1967 y GASPARINI, Graziano. «Rehabilitación de Centros Urbanos Antiguos. Ciudad Bolívar: Un caso Venezolano» en Seminario Internacional sobre la Conservación de Bienes Culturales en el Contexto del Medio Ambiente Urbano. Quito 12-16 Nov. 1990.

38 MEDELLIN L., Jorge, «La conservación del Patrimonio Monumental de México», en Artes de México, No. 109, México, 1968, p. 14.

En Salvador se ejecutó desde 1968, un gran programa en Pelourinho (C.H) orientado hacia el turismo, pero con un marcado sesgo asistencialista. Como el programa no ha resuelto los problemas básicos del barrio, la habitación, el empleo, el deterioro aumentó y el turismo está amenazado. Sucedió que la población desplazada de los «focos de polaridad» y de los corredores turísticos hizo empeorar las condiciones de habitabilidad de la periferia del mismo centro histórico, como las manzanas de Maciel, Taboão y Passo.

A comienzos de 1970 se ejecutaron programas semejantes en el casco antiguo de Panamá, un centro histórico casi totalmente reconstruido al inicio de este siglo, durante la construcción del canal, pero no menos importante ³⁹. Asimismo, en el recinto amurallado de Cartagena de Indias, con la restauración de algunas calles a propuesta del Arq. Flores Marini, en misión de la OEA ⁴⁰.

La experiencia demuestra que estas inversiones localizadas no consiguen cambiar la ecología del barrio, pero generan una plusvalía de los terrenos vecinos aumentando la especulación, lo que viene a agravar la situación.

3. Desarrollo regional a través del turismo cultural

La convicción absoluta en los alcances del turismo cultural llevó a algunas autoridades a imaginar que sería posible desarrollar toda una región exclusivamente con el turismo, una actividad controlada desde fuera, temporera y que causa gran impacto en la cultura y las costumbres locales. Estos programas, en general, presumen la creación de una infraestructura receptiva que incluye carreteras, acondicionamiento de pueblos turísticos, hoteles, «puesta en valor» de monumentos y sitios arqueológicos y facilidades crediticias y fiscales para el turismo.

El mayor de estos proyectos en el continente fue el Plan Copesco, Plan Turístico y Cultural PERU/UNESCO, iniciado en 1969. El área de aplicación se extendía 500 km., desde Machu Picchu hasta Juli, cerca de la frontera con Bolivia, una región de 85,000 km², ubicada a 4,000 m. sobre el nivel del mar y sin buenas conexiones con la costa ni con el resto del país. A un costo de US\$70 millones sólo en su primera etapa, el proyecto tuvo un 40% de financiación del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y resultados muy modestos.

A esta equivocada concepción del proyecto se sumó la crisis institucional y económica que se abatió sobre el país, a partir de 1975, afectando al turismo. El resultado es que varias obras fueron interrumpidas, a poco de iniciarse, como el hotel de Machu Picchu, que destruyó una área arqueológica, el aeropuerto de Antas, tramos de carreteras asfaltadas y el hotel de San Antonio Abad, en el Cusco, hasta el presente inconcluso. En cambio, su centro histórico fue invadido por un sinnúmero de hoteles y pensiones que pasan la mayor parte del tiempo vacíos. Sin embargo, quedaron algunos monumentos restaurados y pueblos con alcantarillado y electrificación. Ciertamente, se pudo hacer un mejor uso del dinero ⁴¹.

Otro proyecto en la misma línea, pero con menores pretensiones y mayor objetividad, es aquel de las Misiones Jesuíticas de los Guaraníes, con la participación de los gobiernos argentino, brasileño y paraguayo. El proyecto tuvo su origen en el «Plan de Desarrollo Turístico en la

39 FLORES MARINI, C., *Restauración del Casco Antiguo, Panamá*, Instituto Panameño de Turismo, 1972, y *Plan Maestro del casco antiguo de Panamá*, Panamá, 1974.

40 FLORES MARINI, C., *Revitalización de Cartagena Antigua*, OEA, 1972.

41 AZEVEDO, Paulo O. D. de, *Cusco ciudad histórica: continuidad y cambio*, Lima, UNESCO/PNUD/PEISA, 1982, p. 105, 106, 112.

Región de las Cataratas del Iguazú, las Misiones y las Zonas de Influencia», desarrollado por el BID, en 1977. Al año siguiente, fue convertido en una campaña de la UNESCO, con llamamiento a la solidaridad internacional en favor de su preservación. En este caso, como los recursos eran menores, cerca de US\$ 5.675.000, las acciones se concentraron en el rescate de los sitios arqueológicos y se le otorgó menor énfasis al turismo ⁴².

Las experiencias alternativas

En contraste con estos grandes planes de los gobiernos centrales, con financiación externa, tenemos una serie de pequeños proyectos surgidos por iniciativas locales. En muchos casos contaron con apoyo de los gobiernos centrales, tuvieron mejor desempeño y deben ser estudiados con mayor cuidado. El éxito de estos proyectos es que fueron concebidos y desarrollados de abajo para arriba, contemplando los intereses de los habitantes y usuarios, reflejando las peculiaridades locales; además, estuvieron mejor articulados con la administración municipal. Son proyectos que no se pueden clasificar tan fácilmente como los primeros, por su diversidad.

La Municipalidad de Olinda, Brasil desarrolló una de estas experiencias con mayor éxito desde 1984, con el apoyo financiero del Banco Nacional de Habitación y el técnico de SPHAN-pró-Memória, que previamente habían firmado un convenio para el financiamiento experimental de la recuperación de viviendas en centros históricos ⁴³. El proyecto, conducido por una fundación municipal, elaboró con amplia participación comunitaria un modelo de intervención que demostró ser muy eficiente.

En lugar de financiar costosas restauraciones inaccesibles para los propietarios, todavía muy numerosos en la ciudad, se prefirió financiar pequeñas etapas de mantenimiento habitacional, que eran amortizadas en seis meses. Para conciliar las exigencias crediticias del banco y los bajos ingresos de los propietarios, la Municipalidad pasó a garantizar los préstamos otorgándolos, como crédito personal, a los propietarios residentes ⁴⁴. Desgraciadamente, el proyecto fue interrumpido con la disolución del BHN, por cambios políticos.

En Montevideo, el Grupo de Estudios Urbanos, organizado como resistencia civil a la destrucción sistemática de la ciudad por los militares, recuperó algunas casas de vecinos con el esfuerzo de sus propietarios y ocupantes. Se hizo de tal manera que la amortización de estas operaciones no fuera mayor que el alquiler pagado por los mismos.

Las iniciativas a nivel provincial han producido también efectos positivos, como el programa que el estado de México ha llevado a cabo desde 1969 para el mejoramiento de las cabeceras municipales. Este programa incluía la instalación o renovación de la infraestructura urbana, equipamientos sociales y restauración de espacios públicos, como plazas y calles ⁴⁵.

Cuba, aún cuando empezó muy tardíamente, ha hecho considerables avances en la recuperación de edificios de valor patrimonial destinados a viviendas unifamiliares, tanto en La Habana Vieja como en otras ciudades más pequeñas.

42 GUTIERREZ, Ramón, *As Missões Jesuíticas dos Guaranis*, Río de Janeiro, UNESCO, 1987.

43 Este convenio tuvo como fundamento una propuesta del Arq. Paulo Ormino de Azevedo en el «Simposio sobre o Barateamento da Construção Habitacional», Salvador, BNH, 1978. Sobre el tema véase del mismo autor: «Recuperação do Patrimônio Habitacional», *Rua*, Revista de Arquitetura e Urbanismo No. 1, Salvador, FAU-UFBA, 1988, p. 35-51.

44 BOSI, Vera. «Núcleos Históricos: recuperação e revitalização; a experiência de Olinda», en *Revista do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional*, No. 21, Río de Janeiro, 1986, p. 134-45.

45 FLÓRES MARINI, C. *Restauración de Ciudades*. México, Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 40.

Otra exitosa línea de acción es aquella de recuperación de calles comerciales, ya muy caracterizadas, por los propios comerciantes. Todos los programas incluyen la restauración de las fachadas, la regularización de los carteles por los comerciantes y la recuperación de los espacios públicos, en general acondicionados como vía peatonal, por las municipalidades. El éxito de estos proyectos depende de la existencia de asociaciones de comerciantes bien organizadas.

El «Proyecto de Remodelación Conjunta del Centro de la Ciudad de México», de 1972, fue una de las primeras experiencias fructíferas emprendidas por las autoridades municipales en este sentido. La organización de los comerciantes facilitó mucho la ejecución del proyecto, asumiendo los mismos la recuperación de sus inmuebles. Desde la calle Madera, donde se inició, esta acción se extendió por un área vecina al Zócalo.

El «Proyecto Corredor Cultural», emprendido por la Alcaldía de Río de Janeiro, a partir de 1979, es otra experiencia que se justifica consignar aquí ⁴⁶. Esta vez, también la existencia de una fuerte asociación de clase fue el factor decisivo para alcanzar el éxito. La conciencia de ser desplazados por la expansión del sector financiero hizo que estos pequeños comerciantes, que en su mayoría alquilaban sus locales, apoyasen entusiastamente tanto la clasificación del área, como que efectuasen obras en los inmuebles por su cuenta.

Las remotas posibilidades de cambio

Desde 1965, Latinoamérica es un continente urbanizado. Es decir, más gente vive en las ciudades que en el campo, en una proporción de 50,3%. En 1985, teníamos cerca del 70% de la población urbanizada y el auge del flujo del campo hacia la ciudad disminuía ⁴⁷. Estos dos factores apuntan hacia un crecimiento menos explosivo de las ciudades del continente. Es decir, lo peor ya pasó.

Sin embargo, por falta de planificación, el proceso de concentración de población en las grandes ciudades tiende a agravarse. Hacia el cambio de milenio las dos ciudades más grandes del mundo serán latinoamericanas: la ciudad de México con 31 millones de habitantes y São Paulo con 25.8 millones. Es decir, habrán dejado atrás a Shangai, Tokio y Nueva York. Además, la división de nuestras ciudades probablemente se profundizará, porque no hay perspectivas de cambios sociales y sin ello la modernización irá a concentrar todavía más la riqueza.

Ciertamente, tampoco podemos esperar que las relaciones internacionales se transformen y se realicen las reformas estructurales de que carece la sociedad latinoamericana para que podamos cuidar de nuestro patrimonio cultural y urbano. Para entonces, las ciudades se habrán destruido por el deterioro y la especulación. Aceptar la pérdida de nuestra identidad es facilitar el proceso de dominación.

Asimismo, tampoco podemos aceptar más la imposición del turismo cultural y la negativa de las agencias internacionales a financiar proyectos para mejorar la calidad de la vida dentro de nuestros centros históricos recurriendo a la evasiva razón de no ser prioritarios para el «desarrollo». Por eso nos preguntamos, ¿Prioritarios para quién?

Es necesario, entonces, una catástrofe de las proporciones del terremoto de 1985 en la ciudad de México para que el Banco Mundial se sensibilice ante el clamor de la nación y del mundo para atender a los desamparados del centro histórico de la capital. Las circunstancias dramáticas de la

46 Corredor Cultural: Projeto de Preservação e Revitalização do Centro da cidade. Rio de Janeiro, Sec. Municipal de Planejamento e Coordenação Geral, 1979.

47 En 1980 teníamos 60% de la población viviendo en ciudades, según HARRIS, Walter D. op. cit. p. 55.

catástrofe obligó al gobierno mexicano a abandonar los esquemas tradicionales y lanzar medidas no comunes en la práctica de la gestión urbana capitalista, como la expropiación de 3.569 inmuebles y admitir la participación popular en la concepción y desarrollo del proyecto.

Los resultados obtenidos, 90.000 familias del centro urbano con viviendas decentes, es la prueba de cuánto se puede hacer cuando la sensatez se impone a los intereses. El Programa Emergente de Vivienda, fase II, que se destinó a atender a 12.670 familias no contempladas por el Decreto Expropiatorio de 1985, fue particularmente interesante. En este caso, los inmuebles fueron adquiridos y su costo incorporado a la financiación para la recuperación de la vivienda ⁴⁸.

No obstante la situación de emergencia, la calidad de la restauración y reciclaje de un gran número de antiguos «conventillos» comprueban que la recuperación de nuestros centros históricos es mucho más fácil de lo que se afirma. Desgraciadamente, pasado el impacto de la catástrofe, todo vuelve a lo «normal». Queda, empero, la lección.

Ya ocho años antes se había preconizado una solución semejante. En 1977, un grupo de técnicos latinoamericanos reunidos en la ciudad de Quito, bajo el patrocinio del Proyecto Regional de Patrimonio Cultural PNUD/UNESCO y el gobierno ecuatoriano firmaron al final del «Coloquio sobre la preservación de los Centros Históricos ante el crecimiento de las ciudades contemporáneas» la «Carta de Quito», que responsabilizaba de la situación de los centros históricos, fundamentalmente, a la estructura socio-económica vigente en Latinoamérica.

«Esta situación afecta a los Centros Históricos en forma aguda ya que están sujetos a múltiples tensiones y presiones, internas y externas, que causan abandono progresivo por parte de ciertos sectores sociales y provocan la transformación del uso de sus inmuebles, con fines únicamente especulativos. Esta situación afecta no sólo a la vivienda sino también a los propios monumentos en un proceso de tugurización que se manifiesta en los centros históricos con la misma o mayor intensidad y similares características que los que se registran en las áreas periféricas de las grandes ciudades».

«La conservación de los Centros Históricos debe ser una operación destinada a revitalizar no sólo inmuebles, sino, primordialmente, la calidad de la vida de la sociedad que los habita, aplicando su capacidad creativa y equilibrando su tecnología tradicional con la contemporánea».

«Las acciones sobre los Centros Históricos deben fundamentarse en un especial reordenamiento de la tenencia y uso del suelo, con miras a mejorar las condiciones de vida de sus habitantes. Deberán ser progresivas y contemplar los recursos humanos y financieros de ellos; manteniendo una pluralidad funcional sin desmedro de la habitacional».

Este documento ha sido sistemáticamente olvidado mientras se promueven declaratorias pomposas, como la «Carta Internacional para la conservación de las Ciudades Históricas», Washington, ICOMOS, 1987. En ésta última, no se hace una sola advertencia sobre la tugurización, la especulación inmobiliaria, el turismo de masas, la segregación y la expulsión de los actuales habitantes de los centros históricos, fenómenos que ocurren no sólo en América, sino en todo el mundo.

48 Vivienda Emergente en la Ciudad de México: La Segunda Fase. México, Fideicomiso Programa Emergente de Vivienda, 1988.

La inviable recuperación a través del mercado

«La renovación o rehabilitación a través del mercado» -afirma Hardey- «sólo se justifica por cambios en la demanda, que introduzcan a los sectores de ingresos medios y altos a interesarse por ubicaciones centrales. No parecen existir tendencias de este tipo en América Latina, ni las habrá en el mediano plazo».

«En el caso de los barrios residenciales declarados centros históricos, como el Pelourinhô en Salvador, o los centros históricos de Cusco y Quito, de renovación o rehabilitación privadas son aún menos probables, debido a las restricciones impuestas por las normas de conservación y al elevado costo de la restauración histórica»⁴⁹.

Mas aún, esta vía no es factible porque la renta inmobiliaria diferenciada en la periferia "chic" de las ciudades es mucho mayor, debido a la natural descentralización y comodidades, prácticamente ilimitadas, de reproducción del área construida, a través de la verticalización.

Las inversiones aisladas, públicas o privadas, hechas en los «focos de polaridad» sólo aumentan la especulación, porque desde el punto de vista del capital es más interesante esperar la valorización del entorno promovida por terceros, que iniciar el cambio de imagen del barrio para beneficio de los vecinos. La única forma de que la renovación urbana sea factible económicamente es a través del monopolio de las acciones por un grupo sobre un área bastante extensa de la ciudad⁵⁰.

La experiencia de recuperación de centros históricos iniciada a finales de los años de 1960 en Europa, especialmente en Italia y en Francia, con la aplicación de la ley Malreaux, se basa en la premisa de reunir a la totalidad de propietarios en asociaciones o cooperativas y el Estado sólo interviene cuando algún propietario se niega a participar en el esfuerzo colectivo para aprovechar la plusvalía producida por los vecinos. Esta política presupone también la paridad de la renta urbana, a través del no estímulo del crecimiento periférico o, sencillamente, se decreta el crecimiento cero de la ciudad como forma de dirigir los capitales hacia el centro.

Este es un contexto totalmente diferente al nuestro. El retorno al centro de sectores de clase media alta europea se dio en una sociedad que, ciertamente estratificada, no produjo ciudades tan segregadas social y espacialmente como las nuestras. Además, no hubo ascensión social de los habitantes del centro histórico, hubo mejoras económicas que les hicieron posible a muchos absorber los costos del reciclaje y seguir viviendo en el centro⁵¹.

Asimismo, con las tasas de urbanización y crecimiento de población que tenemos no podemos pensar en una política de crecimiento urbano cero, como aquella adoptada en muchas ciudades italianas, para invertir el flujo de capital para el centro. Estas diferencias no invalidan, empero, la metodología cognoscitiva de los tejidos antiguos, desarrollada por los italianos como base de las tipologías arquitectónicas y que sirve para definir los nuevos usos urbanos. Esta última afirmación es perfectamente aplicable a nuestro medio.

49 HARDOY, J. et alii. *Impacto de la Urbanización en los Centros Históricos de América Latina*. Lima, PNUD/UNESCO, 1981, p. 129, 130.

50 DAVIS, O. A. y WHISTON, A. B. «Aspectos económicos de la renovación urbana», en SECHI, B (org.) *Análisis de las estructuras territoriales*. Barcelona, G. Gilli, 1968. p. 300-18.

51 Sobre el tema véase CÉRVELATI, p. L.; SCANNAVINI, R.; DE ANGELLIS, C. *La nuova Cultura de la Città*. Milán, Mondadori, 1977.

Una estrategia de supervivencia

La solución definitiva para los problemas de nuestras ciudades y centros históricos sólo puede venir con la superación de las desigualdades sociales que resultan, en última instancia, de nuestra condición de dependencia. Sin embargo, tenemos que adoptar una estrategia de emergencia capaz de evitar que estas ciudades sean destruidas mientras aguardamos los cambios estructurales imprescindibles.

Esta estrategia sólo puede ser una política de planificación urbana y territorial en escala nacional capaz de frenar el abandono de los pequeños pueblos rurales y la explosión de los centros históricos de las grandes metrópolis. Si actuamos preventivamente podemos evitar tanto que los problemas se agraven como economizar recursos ya tan escasos para la conservación.

El Arq. Pietro Gazzola, fundador y primer presidente de ICOMOS, percibió, antes que nadie, que la recuperación del patrimonio urbano sólo es posible a través de la «conservación integrada». No hay otra salida.

Debemos entender que los problemas que afectan a un pueblo histórico con una economía basada en la agricultura son muy distintas a aquellos de un centro histórico de una gran área metropolitana. Además, que no hay un modelo único de intervención en contextos tan distintos. Por esto, es fundamental que los planes sean elaborados *in situ* con la participación de la población y ejecutados por el poder local, pero con el apoyo de las esferas superiores.

Estos son algunos puntos de esta estrategia:

1. La creación de comisiones interinstitucionales que integren los distintos niveles de poder para implementar el desarrollo de ciudades y sectores históricos.
2. El fortalecimiento de los municipios y asociaciones de vecinos.
3. La puesta en ejecución de una infraestructura y un equipamiento sociales en pueblos y ciudades de hasta 20.000 habitantes, evitando su despoblamiento.
4. La elaboración y ejecución de planes directores urbanos en ciudades de hasta 100.000 habitantes, como forma de orientar su crecimiento y evitar futuros conflictos. El control del crecimiento de las ciudades con más de 100.000 habitantes mediante la descentralización de las actividades que provocan gran flujo de tráfico en el centro. El desarrollo de un plan particularizado del centro histórico, manteniendo su carácter polifuncional.
5. La integración en la ciudad, a través de la planificación, de antiguos barrios y poblados, incluidos en áreas metropolitanas y el desarrollo de planes particularizados para los mismos.

Estas son medidas preventivas muy importantes. Pero, en el caso de los centros históricos de las grandes ciudades, la situación es tan grave que exigen medidas correctivas inmediatas, reformas urgentes.

La reforma y la auto-conservación

Aún no queremos reconocer, que los centros históricos de las grandes ciudades latinoamericanas ya no integran el circuito superior de la economía. Actualmente, son parte del mundo marginado de nuestras ciudades.

Las clases dominantes de nuestros países no se identifican más con los símbolos y valores tradicionales de su sociedad, sino con los íconos de modernidad del circuito internacional, en el cual se insertan. Durante los últimos 50 años los propietarios de los centros históricos no pusieron un solo clavo en sus edificios. En muchos casos le sacaron los techos o le prendieron fuego a sus edificios. Su interés por el centro histórico se restringe a su suelo, en cuanto valor de cambio.

Pero, paradójicamente, fue la marginación del centro histórico por la clase dominante y la creación de un centro moderno lo que posibilitó la supervivencia del primero. Si no fuera así, la mayoría o incluso la totalidad de los centros históricos de las grandes ciudades serían borradas del mapa, como ocurrió en Caracas, Maracaibo, São Paulo, Recife, Córdoba, Santa Cruz de la Sierra, entre otras, quedando sólo algunos monumentos aislados.

Las poblaciones pobres que ocuparon estos barrios, al haber sido menos influidas por estilos de vida importados y, consecuentemente, con hábitos de vida más próximos a aquellos de los primitivos pobladores evitaron transformaciones más radicales en los espacios públicos y en el interior de las manzanas. Vivir en una casona de patio o en un «sobrado» de tres o más pisos teniendo que compartir espacios en instalaciones presupone un nivel de vida comunitaria que las clases medias y alta, con su elevado individualismo, ya perdieron.

Se podría argumentar que son los actuales ocupantes los responsables de la conservación de estos conjuntos. Sin embargo, sucede que la lotización extrema de tales inmuebles, como forma de recomposición de su renta y la falta de mantenimiento, con el objeto de rescatar, tarde o temprano, el valor del suelo por parte de los propietarios, llevaron a tales inmuebles a un punto crítico de conservación y estabilidad. Ciertamente, es urgente actuar, antes que se pierda un enorme patrimonio económico, social y cultural.

La recuperación de estos conjuntos tendrá que ser hecha por quienes, aunque sea pasivamente, son los responsables de su supervivencia. La reintegración plena de estos barrios a la ciudad sólo será posible a través del desarrollo social de aquellas comunidades que actualmente son segregadas en los mismos. En otras palabras, a través de la auto-recuperación física y social ⁵².

Si comparamos lo que ocurre en el centro histórico y en un barrio clandestino de la misma ciudad, nos damos cuenta inmediatamente de la diferencia de los dos procesos de desarrollo, a pesar que tienen la misma composición social. Inicialmente, construidas en lata, cartón y plásticos reciclados, después de 15 o 20 años estas barriadas se transforman en barrios consolidados con casas de ladrillo y concreto de dos o más pisos cuyas deficiencias mayores no son de la vivienda en sí. Se trata más bien, del sector público y su diseño urbano deficiente, de la falta de saneamiento básico, de transporte y equipamiento sociales.

En el mismo período, los antiguos palacios barrocos, ubicados en el centro de la ciudad, cerca de los mejores equipamientos sociales y culturales, que disponen de infra-estructura instalada, en vez de mejorar se deterioran y arruinan transformándose, literalmente, en palacios de la miseria.

La explicación es sencilla, en la periferia, las viviendas clandestinas tienden a ser regularizadas, lo que da a los pobladores la garantía de poder mejorarlas, mientras en el centro histórico, los inquilinos, explotados por una cadena de intermediarios, saben que nunca tendrán estabilidad. La auto-recuperación del centro histórico pasa, necesariamente, por la regularización de la tenencia y uso de la tierra y por la organización comunal.

52 Esta solución fue propuesta por primera vez por el autor en «Ciudad de Cusco. Directrices para su Preservación y Reordenamiento», informe de misión, UNESCO, 1977 (mecanografiado) y reproducido en Cusco ciudad histórica: continuidad y cambio del mismo. Lima, PNUD/UNESCO/PEISA, 1982.

Desde los años de 1960, los técnicos que trabajan en vivienda popular se dieron cuenta del fracaso de la política de erradicación o traslado de las «favelas» y barriadas, así como de los programas de vivienda masivos. Sin embargo, las autoridades responsables por los centros históricos, siguen pretendiendo que es posible trasladar estas poblaciones y recuperar el centro histórico para el turismo y la clase media. Mientras tanto, las condiciones de vida empeoran y aumenta cada año el número de ruinas.

Desgraciadamente, estas autoridades y buena parte de nuestros técnicos siguen pensando en el patrimonio urbano en términos de colecciones de arte. Nuestras leyes fueron concebidas con este objetivo y siguen vigentes. La gestión del patrimonio urbano, incluyendo ciudades enteras y paisajes naturales, es todavía competencia exclusiva de los ministerios de cultura, con muy poca o ninguna articulación con los otros ministerios, con los gobiernos y comunidades locales.

Afirma Turner, con la autoridad de haber trabajado durante muchos años en programas de vivienda popular en el Perú y en otros países de todo el mundo que:

«Cuando los ocupantes controlan las decisiones más importantes y ... pueden ofrecer su propia contribución al diseño, construcción o gestión de su vivienda, tanto el proceso como el medio ambiente producidos estimulan el bienestar individual y social. Cuando los usuarios no tienen control sobre las decisiones claves ni son responsables de ellas, el ambiente del alojamiento puede convertirse en una barrera para la realización personal y en una carga para la economía»,⁵³.

Para que funcionen los programas de asistencia para la auto-construcción, es necesario que los habitantes tengan acceso a terrenos urbanizados, puedan adquirir materiales a precios de costo, tengan condiciones propias para que puedan aplicar su mano de obra a través de tecnologías apropiadas y decidan, dentro de límites pre-establecidos, la forma de su hábitat.

Todas estas condiciones existen en el centro histórico: los terrenos ya están urbanizados; los materiales pueden ser producidos por los propios pobladores, como en el caso del adobe; se conocen las técnicas constructivas tradicionales. Además, se sabe tanto que éstas absorben mucha mano de obra poco calificada como que el trabajo de consolidación y reciclaje no es más complejo que aquel de construcción de una vivienda nueva, ni más costoso.

Es evidente que sin una reordenación de la tenencia, sin una reforma urbana, no se va a lograr la recuperación de los centros históricos, cuando allí ya no viven sus propietarios y ésta, desgraciadamente, es la norma en la región.

La situación irregular de la mayoría de los títulos de propiedad con tres o más generaciones sin hacer los trámites de herencia, coloca al estado en una condición privilegiada para adquirir tales inmuebles y reasignárselos a los actuales ocupantes, ya que la expropiación es, prácticamente, la única forma de regularización de estas propiedades.

Sin embargo, no se asuma que basta redistribuir la propiedad para resolverlo todo. Es necesario elaborar un plan de obras y manejo de los habitantes, crear líneas de financiación, buscar la integración y manutención de las manzanas, controlar la especulación y el mal uso de los inmuebles. Es necesario seleccionar, organizar, entrenar y prestar asistencia a los grupos que recuperarán y ocuparán cada uno de los inmuebles. El hecho mismo que la mayor parte de estas personas no tengan empleo no es un mal insuperable, ya que tienen disponibilidad de tiempo y ésta es una buena oportunidad para profesionalizarse.

53 TURNER, John F. C. *Vivienda: todo el poder para los usuarios*. Madrid, Blume, 1977.

Por cierto que no se podrá dar el mismo tratamiento a todos los inmuebles. Hay edificios excepcionales que para ser restaurados se requiere de profesionales con el debido rigor científico, pero hay otros que sólo necesitan consolidación y adaptación a los usos actuales dentro de normas pre-establecidas. Incluso, están aquellos que deben ser reconstruidos, total o parcialmente, con técnicas y diseño contemporáneos.